

Alberto Pereda.

Adiós al amigo.

*Daniel Gil**

El día que falleciera Alberto me pidieron que dijera algunas palabras. La elección de mi persona, imagino, se debió a que, entre todos los presentes, yo era el amigo más viejo de Alberto. Sin embargo, como decía Salvador Puig, hay veces en que "las palabras no entienden lo que pasa" y lo que queda es el silencio y algunas lágrimas empecinadas.

Estando allí, además, recordé uno de los relatos de Cortázar de la familia de la calle Humboldt. Esta peculiar familia tenía por costumbre concurrir a los velorios. Si en ellos veían un ambiente de jolgorio, en donde nadie lloraba al muerto, en forma ordenada, disciplinada, poco a poco y con los roles bien determinados, iban ocupando los lugares de los deudos: desde las lágrimas, el cortejo, el llevar el féretro, hasta la oración fúnebre.

Luego, terminado el sepelio, abandonaban el cementerio.

Todo era realizado de un modo sentido, auténtico, porque era no solo una manera de respetar al muerto, era también la forma de respetar la muerte, ya que, como decía Machado, el sonar de un ataúd en tierra es algo perfectamente serio.

* Médico y Psicoanalista. Bulevar Artigas 1214. Apto 702. Tel. 7080996
E-mail: danielgil2008@gmail. com

Nada de esto pasaba en el velorio de Alberto, y de haber llegado la familia de la calle Humboldt se hubiera retirado, respetuosamente, en silencio, porque los que allí estábamos, sin excepción, lo hacíamos llenos de tristeza.

Más allá de que la muerte de Alberto era esperada desde hacía tiempo eso no menguaba el sentimiento de que en nuestras vidas perdíamos algo valioso. Se palpaba en el dolor de Myrta, de Laura, de Alberto, de Gustavo, de Alfredo, de Pablo, de Julita, en la conmovedora presencia de los nietos, dejando una flor en la tumba de su abuelo, y en la congoja de todos los presentes.

¿Cuándo conocí a Alberto? Mis recuerdos se remontan a la época en que preparábamos el internado. Para ello recurríamos a los Jefes de Clínica y Profesores Adjuntos de ya destacada trayectoria para que nos entrenaran en los encares clínicos. Alberto era uno de ellos con su formación en medicina interna y en neurología. Si bien yo no realicé con él esta práctica, lo conocía entonces por las referencias a su capacidad docente, su precisión, su rigor, su experiencia clínica. Alberto había sido Asistente de Clínica Médica y del Instituto de Neurología, Profesor Adjunto de Clínica Médica, Asistente y Profesor Adjunto del Departamento de Emergencia del Hospital de Clínicas y Profesor Adjunto del Departamento de Educación Médica. También desempeñó tareas como neurólogo en el C.A.S.M.U y en el Centro de Medicina Laboral del S.M.U. Esta extensa y rica trayectoria le auguraba un futuro promisorio dentro del campo académico y de la práctica médica y, sin embargo, abandonó su carrera médica, sin dejar nunca de sentirse médico, para dedicarse al psicoanálisis.

Pasaron varios años antes de encontrarnos, ya en la Asociación Psicoanalítica. Ahí tuve oportunidad de conocerlo personalmente. Yo comenzaba allí mis estudios y él comenzaba sus primeras armas como docente auxiliar. A su manera, esta experiencia se volvió a repetir. Cuando yo inicié mi actividad como docente adjunto lo hice con Alberto, quien, con gran generosidad, me invitó a compartir con él la enseñanza. En ambas situaciones pude comprobar lo que de él se mentaba: la seriedad, la precisión, la fidelidad, el rigor en el análisis de los textos, fruto de su moda-

lidad y de la metodología adquirida en la amplia formación en medicina y neurología.

Y llegaron los años duros de la dictadura. Durante todos ellos Alberto siempre tenía la palabra serena y mesurada para analizar las situaciones y dar tranquilidad. Años en que vimos irse amigos al exilio, otros a la cárcel, en que compartimos preocupaciones, pero también momentos felices: vimos crecer a nuestros hijos, pasando de niños a jóvenes, vimos la tenaz resistencia y la recuperación de la democracia.

Intentaré dar un testimonio de lo que para mí fueron rasgos sobresalientes de la personalidad de Alberto.

Este es un país de memoria corta, decía mi padre. Por eso quiero hacer un esfuerzo de memoria para que los olvidadizos recuerden y para que los más jóvenes lo sepan. Durante muchísimos años Alberto fue un miembro de actividad permanente en la A. P. U., ya fuera como docente, miembro del grupo de analistas del Instituto, supervisor, miembro de la directiva. Estuvo en el grupo de los que gestaron la reforma de la A. P. U. de los años 70, revolucionaria en los ámbitos psicoanalíticos. Fue Presidente de A.P.U. y de F.E.P.A.L.

A pesar de que su escritura era impecable la producción escrita de Alberto fue escasa, por lo que tal vez se lo conoce y reconoce menos. Creo que él prefería sus seminarios donde, en el contacto directo con los estudiantes, desarrollaba su labor docente y su reflexión sobre la teoría y la práctica psicoanalítica. Por eso durante muchísimo tiempo no hubo año en que Alberto no dictara un seminario.

Quiero evocar dos o tres de estas actividades. Durante la dictadura muchos de los miembros de la A. P. U. se encontraban inhabilitados para desempeñar cargos. Entonces, comprometida y generosamente, otros miembros se presentaban como integrantes de la directiva pero, en los hechos, los que cumplían las funciones eran los prohibidos. Como no podía ser de otra manera, Alberto tenía una C, pero fue extraoficialmente presidente de la A. P. U. en una gestión impecable. Creo firmemente que Alberto fue una pieza fundamental en la vida de la Asociación

Psicoanalítica del Uruguay, pilar silencioso pero imprescindible.

Pero ahora, en esta evocación del amigo, quiero referirme a su tan peculiar personalidad. Alberto era de convicciones firmes, fiel a ellas sin claudicaciones y sin concesiones. Siendo adolescente adhiere a la lucha por la República Española y al Partido Comunista, y nunca renegó de ello, ni lo ocultó, ni se arrepintió. Y ello se mezclaba con una distinción y un aire aristocrático que hizo que un día, siendo estudiantes, en una discusión en una asamblea de A.E.M. , con su entrañable amigo Juan Carlos Plá, este le dijera lord; o que su otro amigo entrañable, Héctor García Rocco, lo llamara con todos sus apellidos: Pereda Valdéz Silva y Antuña. En él todo eso aparecía naturalmente, sin afectación, sin afán de figurar ni de establecer distancias.

Podía parecer un lord, pero estoy seguro de que él se sentía mucho más identificado con un caballero castellano, de ahí que no fuera efusivo sino, por el contrario, parco en sus gestos, en sus modales, en su lenguaje (nunca lo oí decir una palabra soez y se indignaba ante un mal uso del castellano, "un idioma con una riqueza expresiva enorme", como le gustaba señalar). Si bien era así, tenía múltiples formas de expresar su afecto, por ejemplo cuando ofrecía un coctel, esos que preparaba con maestría; o cuando invitaba a compartir una pieza de jazz, uno de sus grandes amores, de lo que era un erudito; o en la fidelidad en la amistad. Y esa riqueza afectiva, aunque austeramente expresada, estaba de manifiesto en su amor por Myrta, en la devoción por sus hijos y sus nietos.

Otro rasgo peculiar, nada común, era el siguiente: como decía, era fiel a sus ideas, que defendía sin claudicaciones; era empecinado en lo que sostenía, lo que hacía que yo a veces lo llamara "gallego tozudo"; y nunca, cuando se trataba de decir lo que pensaba, lo vi hacer una previsión de conveniencia, ni preocuparse por que su opinión fuera la políticamente correcta, ni calculaba cuánto lo podía perjudicar o beneficiar, aun a sabiendas de que lo que decía podía generar rechazos, y eso lo hacía con firmeza pero sin violencia.

Ahora bien, se podrá pensar que, con estas características,

era un intransigente, y algo de esto aparecía en las discusiones. Sin embargo, en los largos años que compartimos actividades y amistad debo decir que, sin deponer sus posiciones, la discrepancia no lo llevaba a modificar el afecto y la estima que pudiera sentir por el eventual opositor. En una oportunidad incluso, en que estaban en juego resoluciones que lo afectaban directamente, sostuvimos posiciones opuestas. En ese momento, Alberto, como era habitual en él, defendió con tenacidad su posición. Han pasado los años. Creo hoy que, si bien desde cierto punto de vista mi enfoque no era equivocado, en lo profundo, quien tenía razón era Alberto. Sin embargo, ni en ese momento, ni en ningún otro, Alberto se quejó, ni me recriminó, ni alteró la amistad que teníamos. Algo similar pasó cuando renuncié a la A. P. U., resolución con la que Alberto no estaba de acuerdo, cosa que no evitó decirme, pero lo hizo con profundo respeto y no hubo crítica, ni reproche, ni alejamiento en el afecto y la amistad.

Sí, sin duda, Alberto era empecinado, y hasta testarudo a veces, pero debo decir que en mi ya larga vida, pocas veces he encontrado a un ser tan honrado, tan digno, tan consecuente con lo que pensaba y decía, tan fiel en la amistad.

Con dolor me despido de este caballero español, de este gallego tozudo, de este entrañable amigo, a quien extrañaremos y que deja un profundo vacío entre nosotros.